

## FUNDAMENTOS BÍBLICOS Y TEOLÓGICOS DE LOS MOTIVOS DE ESPERANZA EN LOS DIVERSOS CONTEXTOS

Francisco León Oquendo Góez, Pbro.

### RESUMEN

Los motivos de esperanza y de conversiones en los distintos contextos tienen su fundamento en Dios y en sus promesas; no en cualquier dios, sino el que fue revelado por Jesucristo: la Santísima Trinidad. Una de las personas de esta común unión es el Espíritu santo, que anima a la Iglesia y la enriquece con carismas que responden a las necesidades de los contextos, haciendo posible la ministerialidad en la Iglesia. Algunos otros fundamentos para descubrir motivos de esperanza son: la sinodalidad en la Iglesia y el añorado servicio eclesial para la reconciliación y la paz en Colombia.

**Palabras clave:** esperanza; Trinidad; Espíritu; carismas; ministerios; comunión; participación; misión; teología contextual; sínodo; paz.

## Introducción

La esperanza es una de las virtudes teologales que, junto con la fe y la caridad, forma un estilo concreto de vida a través de la relación con Dios creído, esperado y amado. Da la sensación de que fue el apóstol Pablo quien propuso la triada, fe, caridad y esperanza<sup>1</sup>, luego de notar efectos devastadores de la desesperanza y de la diada ya conocida fe y caridad. Esta triada, fe, caridad y esperanza; cambio después su orden por fe, esperanza y caridad, puesto que es la caridad (1Cor 13,1), la única que permanecerá cuando la fe y la esperanza ya no tengan razón de ser<sup>3</sup>.

Desde entonces, la esperanza es distintivo del pueblo de Dios<sup>4</sup>, especialmente en su contexto socio-cultural en el que no siempre tenía una valencia positiva<sup>5</sup>. Los cristianos perfumaron sus espacios con el aroma fuerte y la fortaleza fragante de la esperanza, encontrando motivos de espera en las situaciones más desesperantes.

### Primer fundamento: Dios de las promesas y las promesas de Dios

#### *El Dios de las promesas*

El primer fundamento de los motivos de esperanza y de conversiones es Dios mismo. *Spe salvi* 27 dice: «quien no conoce a Dios,

aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (Ef 2,12)» (Benedicto XVI, 2007) (Benedicto XVI, 2007). La fe en Dios es inseparable de su amor y de esperar en él: quien cree, se siente amado, y quien se siente amado, espera. En los distintos escenarios en los que vive el pueblo de Dios, este ha encontrado en Dios los motivos más sólidos para esperar.

Los patriarcas también esperaron en Dios, en el Dios creador de todas las cosas: «Dios de Abraham, Isaac y Jacob». En situación de esclavitud, el pueblo espero un cambio de situación y la intervención de Dios que se reveló en la zarza ardiente. En el contexto de la peregrinación, por las arenas del desierto, el pueblo espero en Dios, que los acompañó en la nube y camino con ellos en la tienda de reunión. En el contexto de la conquista de la tierra, el pueblo espero en Dios, que, sentado en el arca, abrió las aguas del río Jordán e hizo caer, sin intervención humana, las murallas de Jericó.

En el contexto de Israel, pastoreado por reyes, el pueblo espero en Dios una casa perpetua, prometida a David. En las situaciones en las que intervienen los profetas, ellos motivan a esperar en Dios, que es fiel a la alianza. En la dolorosa situación del destierro, el pueblo espero en Dios el anuncio del regreso; su reconstrucción es hecha en el nombre del Dios, que garantiza su pre-

<sup>1</sup>Probablemente la diada “fe” y “amor” es anterior a 1Tes. Pablo agradece a Dios por la fe de los tesalonicenses (1Tes 1,3), pero nota que esta tiene deficiencias (3,10); así mismo recuerda su esperanza constante (1,3), pero es consciente de una falta de esperanza (4,13). Es probable que, motivado por esta falta de esperanza (1Ts 4,13), haya asociado la “esperanza” a la precedente diada, formando la triada de actitudes originarias de la existencia cristiana (Díez Aragón, 1992).

<sup>3</sup>“Ipsa spes non erit sempiterna. Cum enim res venerit, spes non erit” = la esperanza no será eterna, porque cuando llegue la realidad, la esperanza ya no será” (San Agustín, *Sermón* 313/1).

<sup>4</sup>“Propter quam unam (sc: spem) proprie nos christiani sumus” = es solamente la esperanza la que nos hace propiamente cristianos” (San Agustín, *La Ciudad de Dios* 6,9,5).

<sup>5</sup> Ya Séneca en su obra *La firmeza del sabio*, lo presenta como aquel que vive sin esperanza y sin miedo (Visonà, 1993).

sencia mediante los profetas Ageo y Zacarías y el liderazgo de Esdras y Nehemías.

Los sabios enseñan a vivir según Dios y presentan la esperanza como ingrediente imprescindible de la vida sabia y santa<sup>6</sup>. En situaciones desesperadas, que derrumban los fundamentos del orden conocido, la apocalíptica profesa su esperanza en Dios que puede recrear todas las cosas.

En el Nuevo Testamento, la esperanza es el Dios encarnado (Jn 1,14), el Verbo humanado, a quien la esperanza se convierte en su nombre: Jesucristo. Él es «nuestra esperanza»<sup>7</sup> (1Tim 1,1), «la esperanza de la gloria»<sup>8</sup> (Col 1,27), «ancla del alma, segura y firme que penetra hasta detrás del velo»<sup>9</sup> (Hb 6,19). San Ignacio de Antioquía lo llama «nuestra esperanza», «nuestra esperanza de resurrección en él», «la esperanza perfecta»<sup>10</sup>.

El fundamento para descubrir motivos de esperanza y de conversiones es Dios mismo, que actúa y convierte nuestros acontecimientos en historia de salvación.

### Las promesas de Dios

La esperanza se fundamenta en la promesa divina: Abraham espera tierra, descendencia y bendición, porque todo esto le fue prometido; el pueblo espera una tierra que mana leche y miel, porque esto también le ha sido prometido; la Iglesia espera el reino de Dios en plenitud, la inmortalidad gloriosa y la vida eterna, porque le han sido prometidos. San Agustín afirma: «Es porque me lo has prometido que me has hecho esperar»<sup>11</sup>.

No hay que subvalorar este fundamento de la esperanza, pues como escribe San Juan Crisóstomo: «las promesas de Dios son mucho más eficaces que nuestras manos»<sup>12</sup>. En efecto, la mirada puesta en las promesas da valor a los mártires para soportar lo insostenible y dejar como herencia un testimonio edificante<sup>13</sup>.

En síntesis, el fundamento de los motivos de esperanza y de conversiones son las promesas de Dios, que en su amor ha prometido y en sus promesas ama: es eternamente fiel. No hay esperanza cristiana que no tenga su base en Cristo y sus promesas.

---

<sup>6</sup> «La esperanza es adorno de la justicia sabia y la sabiduría justa. El justo espera de Dios la vida inmortal y la inmortalidad viva» (Conferencia Episcopal de Colombia. Departamento de Catequesis y Animación bíblica, 2025, p. 100).

<sup>7</sup> «Χριστοῦ Ἰησοῦ τῆς ἐλπίδος ἡμῶν» (1Tim 1,1).

<sup>8</sup> «ὁ ἐστὶν Χριστὸς ἐν ὑμῖν, ἡ ἐλπίς τῆς δόξης» (Col 1,27). «La comunidad posee esperanza gloriosa y gloria esperanzadora: la presencia de Cristo en ella, garantía de la gloria prometida que Cristo resucitado tiene ya y reserva para los suyos» (Conferencia Episcopal de Colombia. Departamento de Catequesis y Animación bíblica, 2025, p. 125).

<sup>9</sup> «ὡς ἄγκυραν ἔχομεν τῆς ψυχῆς ἀσφαλῆ τε καὶ βεβαίαν καὶ εἰσερχομένην εἰς τὸ ἐσώτερον τοῦ καταπετάσματος» (Hb 6,19).

<sup>10</sup> Cf. *IEf* 21,2; *IFil* 11,2; *IMag* 11,1; *ITr* 2,2; *ITr* 1,1; *IEsm* 10,2.

<sup>11</sup> «Quoniam promisisti, me sperare fecisti» (*Comentario a los Salmos*, 118,15,1). «El miedo proviene de la fragilidad humana, la esperanza de la promesa divina» (San Agustín, *Comentario a los Salmos* 30,1,3).

<sup>12</sup> *Homilía sobre el Génesis* 9,4, donde añade: «La esperanza no delude. Es promesa de Dios y los dones tienen las prerrogativas de quien promete».

<sup>13</sup> «Hallaron que el fuego de sus inhumanos verdugos era frío, porque tenían puestos los ojos en el hecho de ser librados del fuego eterno que nunca se apaga; en tanto que los ojos de sus corazones contemplaban las buenas cosas que están reservadas para aquellos que soportan con paciencia, cosas que no oyó ningún oído o ha visto ojo alguno y que nunca han entrado en el corazón del hombre, pero les fueron mostradas a ellos, porque ya no eran hombres, sino ángeles» (*Martirio de Policarpo* 2,3).

«Con esta esperanza, pues, que nuestras almas estén unidas a Aquel que es fiel a sus promesas y recto en sus juicios<sup>14</sup>» (1 Cl 27,1).

## Segundo fundamento: el Dios revelado en Cristo

El Dios revelado por Cristo es el Dios Trinidad. Spe Salvi (3) afirma: «Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza». El Dios Padre, a quien se atribuye la creación, renueva recreando y recrea renovando todas las cosas. La realidad no está condenada a permanecer en un orden o situación indeseable o contrario al proyecto de Dios, pues Dios puede innovar, renovar todo lo que existe: «he aquí que yo hago nuevas todas las cosas<sup>15</sup>» (Ap 21,5). El Dios que tiene el poder y el querer de renovar toda la realidad fundamenta los motivos de esperanza en unas estructuras siempre nuevas.

El Dios Hijo, que se ha encarnado para dar esperanza a la carne humana, es el modelo de toda contextualización. El Dios encarnado se introduce en el contexto histórico, social, cultural y religioso para redimirlo, transformarlo desde adentro. La encarnación significa que no hay contexto

humano que no sea tocado e impactado por esta presencia nueva de Dios en la realidad humana. Encarnándose, Él ha introducido toda novedad<sup>16</sup>, escribe San Ireneo, y «no hay que despreciar la novedad del Logos<sup>17</sup>», según Clemente de Alejandría. «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí, todas son hechas nuevas<sup>18</sup>» (2Cor 5,17).

El impacto renovador y esperanzador de la encarnación es tan grande, que el occidente lo lee en términos de salvación, mientras que el oriente cristiano en términos de «divinización». Estas son dos maneras de presentar la plenitud de vida humana que el Verbo encarnado hace posible<sup>19</sup>. El Verbo encarnado puede renovar a todo ser humano y, mediante ellos, a todas las estructuras humanas. Mediante la encarnación, Dios introduce la potencia salvadora de su amor en toda la realidad humana, una acción salvífica que no tiene retroceso, sino que avanza, llevando todo lo humano, hacia la plenitud, a «la restauración de todas las cosas en Cristo<sup>20</sup>» (Ef 1,10).

<sup>14</sup> «Ταύτη οὖν τῇ ἐλπίδι προσεδέσθωσαν αἱ ψυχαὶ ἡμῶν τῷ πιστῷ ἐν ταῖς ἐπαγγελίαις καὶ τῷ δικαίῳ ἐν τοῖς κρίμασιν» (1Cl/27,1).

<sup>15</sup> «ἰδοὺ καινὰ ποιῶ πάντα» (Ap 21,5).

<sup>16</sup> «Omnem novitatem attulit, semetipsum afferens» = Cristo en su venida ha traído consigo toda novedad (Ireneo, AH IV,34,2; PG 7,1083).

<sup>17</sup> Ped I,59,2.

<sup>18</sup> «εἴ τις ἐν Χριστῷ, καινὴ κτίσις· τὰ ἀρχαῖα παρῆλθεν, ἰδοὺ γέγονεν καινὰ» (2Cor 5,17).

<sup>19</sup> «Las dos expresiones son complementarias: Dios se ha hecho hombre para que el hombre llegue a ser como Dios lo ha querido y creado, es decir, para que sea imagen del Hijo, hombre salvado del mal y de la muerte, para participar de la misma naturaleza divina. Los creyentes pueden experimentar ya aquí y ahora esta salvación, sin embargo, ella encontrará su plenitud en la resurrección» (Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, 2020, p. 39). El documento cita: «Dios se hizo hombre para salvar al hombre» (Anselmo de Aosta, *Cur Deus homo*, 2,18; PL 158,425). «Dios en su manifestarse se ha unido a la naturaleza mortal para que la humanidad fuera divinizada junto a él con la participación en la divinidad» (Gregorio de Niza, *Oratio catechetica*, 37).

<sup>20</sup> «ἀνακεφαλαιώσασθαι τὰ πάντα ἐν τῷ Χριστῷ» (Ef 1,10).

Gracias a la *kenosis* o descenso de Cristo en la encarnación<sup>21</sup> (Flp 2,7), las realidades humanas van en continuo ascenso. El vaciamiento de Cristo colma a la humanidad, el despojamiento de Cristo engalana a la humanidad; el empobrecimiento de Cristo, enriquece a la humanidad<sup>22</sup> (2Cor 8,9). El efecto salvador de la encarnación, sobre todos los hombres, es fundamento de los motivos de esperanza y de conversiones, pensados como respuesta coherente a una gracia siempre ofrecida.

En conclusión, mediante la encarnación del Verbo, la potencia salvadora de Dios no es ajena a ningún contexto humano. Su presencia fundamenta los motivos de esperanza y conversiones, como también el compromiso de hacer una teología encarnada en las realidades que vive el pueblo de Dios.

### *El Espíritu como alma de la Iglesia*

El Dios Espíritu, alma de la Iglesia<sup>23</sup>, es presencia actuante y acción presente, es base de la esperanza. Desde el caos primordial, narrado en Génesis, este aletea como brisa esperanzadora, dando origen, junto con el Verbo, a la transformación del caos a belleza ordenada y orden bello, el paso del caos

al cosmos (Gn 1,2). El Espíritu sopla sobre las aguas del mar rojo, demostrando que no existe éxodo posible, sin su acción potente (Ex 14,21).

Además, el Espíritu se dona como fuego en Pentecostés para «habitar en la Iglesia y en el corazón de los fieles como en un templo» (LG 3). Los cristianos pueden ser el alma del mundo<sup>24</sup>, puesto que tienen al Espíritu como alma. La Iglesia puede vivificar y animar los diversos contextos gracias a la vivificación y animación que recibe del Espíritu.

### *Los carismas del Espíritu*

El Espíritu es el enriquecedor, el embellecedor de la Iglesia y su donador mediante carismas, ministerios y actividades (1Cor 12,4-6). Estos dones suelen ser contextuales, es decir: el Espíritu dona aquello que el contexto necesita para que el proyecto de Dios siga su curso<sup>25</sup>. La Iglesia está llamada a discernir cuáles carismas responden a las necesidades y que así actúe el Espíritu. El obispo tiene como misión reconocer contextualmente esta riqueza que el Espíritu concede para afrontar las necesidades propias de su espacio<sup>26</sup>.

<sup>21</sup> “ἀλλὰ ἑαυτὸν ἐκένωσεν μορφὴν δούλου λαβὼν” (se vació/despojó a sí mismo, tomando la forma de siervo: Flp 2,7).

<sup>22</sup> “ὅτι δι’ ὑμᾶς ἐπώχευσεν πλούσιος ὢν, ἵνα ὑμεῖς τῇ ἐκείνου πτωχείᾳ πλουτήσητε”. (Por vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que fueseis enriquecidos por su pobreza: 2Cor 8,9).

<sup>23</sup> “Lo que nuestro espíritu, o sea, nuestra alma es con relación a nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo para los miembros de Cristo, es decir, para el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia” (Agustín, *Sermo* 269, 2; PL 38, 1232). El Espíritu es quien “anima y construye a la Iglesia, haciendo de nosotros las piedras vivas de un edificio espiritual” (Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, 2024, p. 28).

<sup>24</sup> “Lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo” (*Carta a Diogneto*, 6).

<sup>25</sup> “El Espíritu “la provee y gobierna con diversos dones jerárquicos y carismáticos y la embellece con sus frutos” (LG 4).

<sup>26</sup> El obispo “recibe la gracia y la tarea de reconocer, discernir y componer en la unidad los dones que el Espíritu derrama sobre las personas y las comunidades, actuando al interior del vínculo sacramental con los presbíteros y los diáconos, corresponsables con él del servicio ministerial en la Iglesia local” (DFS 69).

## La ministerialidad en la Iglesia

El Espíritu concede sus dones con vistas al testimonio y al anuncio del evangelio (DFS 57). El testimonio que anuncia responde a contextos concretos, pues, en caso contrario, el evangelio sería «desencarnado»: ni el testimonio ilumina, ni el anuncio toca el corazón.

El Espíritu concede sus dones para que cada cristiano responda a la misión en los distintos contextos:

cada bautizado responde a las exigencias de la misión en los contextos en los que vive y trabaja desde sus propias inclinaciones y capacidades, manifestando así la libertad del Espíritu en la concesión de sus dones. Gracias a este dinamismo en el Espíritu, el Pueblo de Dios, escuchando la realidad en la que vive, puede descubrir nuevos ámbitos de compromiso y nuevas formas de realizar su misión (DFS 58). La escucha de la realidad se hace compromiso, y el compromiso fecunda la misión.

El Espíritu Santo concede sus dones, la Iglesia los reconoce y da estabilidad a algunos de estos carismas, enriqueciendo la ministerialidad de la Iglesia. La Iglesia local es exhortada a responder a sus necesidades contextuales con valentía creativa, discerniendo cuáles deben asumirse de manera ministerial<sup>27</sup>, ya sea instituidos o no. Con todo esto, la ministerialidad de la Iglesia es fundamento de nuestra esperanza y de conversiones, pues la rica diakonía se convierte en praxis liberadora, transformadora y cons-

tructora del reino de Dios.

La acción del Espíritu enriquece a la Iglesia de carismas a favor del testimonio y la misión. Algunos de estos toman la forma de ministerios en la Iglesia para responder a necesidades contextuales.

## Tercer fundamento: la Iglesia con rostro sinodal

La Iglesia sinodal exige una teología contextual, porque un pueblo que camina en comunión, participación y misión lo hace en un contexto concreto y determinado. La Sagrada Escritura presenta al pueblo de Dios en camino, atravesando contextos específicos en los que prima la presencia de Dios y su comunión con el pueblo en. La Iglesia no camina en el aire, y aunque no viva según el mundo, camina con los pies en la tierra y está llamada a ser sal de la tierra<sup>28</sup> y luz del mundo.

## La Iglesia: comunión esperanzadora y esperanza comunal

«En el corazón de la vida divina está la comunión, el don absoluto» (VD 6). La comunión de la Iglesia es reflejo de la comunión trinitaria. La comunión es uno de los distintivos de la Iglesia que nace católica, como se ve en los Hechos de los Apóstoles: «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, la comunión, la fracción del pan y las oraciones<sup>29</sup>» (2,42).

<sup>27</sup> «Para que un carisma se configure como ministerio, es necesario que la comunidad identifique una verdadera necesidad pastoral, acompañada de un discernimiento realizado por el pastor junto con la comunidad sobre la conveniencia de crear un nuevo ministerio. Como fruto de este proceso, la autoridad competente toma la decisión» (DFS 66).

<sup>28</sup> «Su existencia es en la tierra, pero su ciudadanía es en el cielo» (A Diogneto 6).

<sup>29</sup> «Ἦσαν δὲ προσκατεροῦντες τῇ διδασκίᾳ τῶν ἀποστόλων καὶ τῇ κοινωνίᾳ, τῇ κλάσει τοῦ ἄρτου καὶ ταῖς προσευχαῖς» (Hch 2,42).

Una Iglesia comunión es incluyente, acogedora, integradora, según el querer del Señor, que quiere que todos los hombres se salven (1Tim 2,4). En la Iglesia comunión nadie es extranjero, ni forastero; más bien, todo son ciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Ef 2,19). La Iglesia comunión es la iglesia de la unidad, de la comunidad, de la cordialidad, de la familiaridad.

La Iglesia comunión es una comunidad esperanzadora, cuyo centro es la Esperanza: «una es la esperanza a la que han sido llamados» (Ef 4,4). En este sentido, la esperanza es uno de los tantos lazos que refuerzan la comunión. La esperanza crea la comunión y, a su vez, es esperanza de la perfecta comunión.

En conclusión, para establecer la comunión se encarna el Verbo<sup>30</sup>. La reflexión en torno a la encarnación de los diversos contextos favorece la comunión eclesial. Esta última también funda los motivos de esperanza y conversiones.

*La Iglesia: esperanza participada y participación esperanzadora*

La inserción en la Iglesia es esperanza participada, pues al profesar la fe de la Iglesia participamos de su esperanza: «espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro». Los unidos por una esperanza participada son invitados por el reciente Sínodo a la participación esperanzadora.

La participación es vocación de todos los bautizados, por ser parte del pueblo de Dios y miembros del cuerpo místico de Cris-

to, enriquecidos por los dones del Espíritu que son posibilidad, capacidad, responsabilidad, derecho y deber de participar. La participación implica responder con los dones recibidos a las necesidades de los contextos donde la Iglesia local peregrina. La participación es llamada a la conversión, a un cambio de mentalidad que se exprese en el paso de la indiferencia a la implicación, de la alergia al compromiso al compromiso amoroso y amor comprometido.

En síntesis, la participación a que llama la Iglesia fundamenta los motivos de esperanza, pues la abundancia de piedras vivas impacta los contextos eclesiales; fundamenta también las conversiones, como paso de la crisis de participación a la corresponsabilidad diferenciada (DFS 77).

*La Iglesia: esperanza misionera, misión esperanzadora*

La esperanza es misionera, porque anuncia la belleza que se espera. Los grandes misioneros de todos los tiempos, comenzando por el apóstol Pablo, han sido hombres de esperanza.

Una Iglesia «comunidad de esperanza vivida y anunciada» (EN 15) es fundamento de los motivos de esperanza y de conversiones, pues es consciente de que su existencia se da para evangelizar. En ella, cada uno de sus miembros siente que no tiene una misión, sino que en sí mismo es una misión, pues ella cimienta la esperanza para quienes aún no conocen a Cristo: que lo encuentren conociéndolo, lo sigan encontrándolo, lo imiten siguiéndolo, lo sigan amándolo, lo amen misionando.

---

<sup>30</sup> «El Verbo de Dios, Hijo de Dios, para recapitular todas las cosas se hizo hombre entre los hombres, visible y tangible, para destruir la muerte, para manifestar la vida y restablecer la comunión entre Dios y el hombre» (Ireneo, *Epideixis* 6).

---

Además, es importante descartar que, en dicha misión, cada miembro de la Iglesia sienta, como el apóstol, la necesidad apremiante de evangelizar (1Cor 9,16) y hacer todo por el evangelio (1Cor 9,23). En este sentido, el proceso de evangelización con su acción misionera, catequética y pastoral fundamenta los motivos de esperanza en todo contexto eclesial.

El kerigma, como aquello a lo que se le hace eco en la acción catequética y se profundiza en toda la formación cristiana, es base de la esperanza, pues siempre ha estado relacionada con el primer anuncio: «Dios, por medio de la resurrección de Jesucristo, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva» (1Pe 1,3). Cristo resucitado, en el contexto doloroso de la desesperanza, ofrece a los discípulos de Emaús la palabra de la esperanza, renaciendo «más fuerte que cualquier fracaso» (Benedicto XVI, 2010, p. 74). Una misión potentemente kerigmática es fundamento de los motivos de esperanza y conversiones en los distintos contextos.

En síntesis, la conversión es entendida como paso del desinterés a un amoroso interés gracias al anuncio del kerigma, en cada cristiano y en cada comunidad cristiana. El kerigma es el gran ausente en la sociedad de hoy, tanto en no bautizados como en los bautizados no iniciados. Se trata de dar el paso: de la iniciación sociológica propia de la cristiandad a un anuncio agresivo o agresividad kerigmática: una Iglesia carismáticamente kerigmática.

### *El servicio eclesial a la paz y la reconciliación*

«Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5). El Episcopado colombiano ha dado origen al

servicio episcopal para la reconciliación y la paz. El anhelo esperanzador es que progresivamente se convierta en servicio eclesial para la reconciliación y la paz, de manera que la Iglesia continúe sirviendo a Colombia. Jesucristo es nuestra paz (Ef 2,14) y nuestra esperanza (1Tim 1,1).

El contexto colombiano reclama un compromiso amoroso de la Iglesia a favor de la búsqueda de la paz, mediante el imperativo de la reconciliación (Mt 5,24; 2Cor 5,20). Los conflictos se han diversificado, desde distintos ángulos se clama una paz desde los territorios. La diakonía de la Iglesia a favor de la paz fundamenta los motivos de esperanza para las poblaciones periféricas, sumergidas en guerras con proporciones desconocidas en el poder central.

### *Conclusión*

Esta reflexión es sólo propositiva y no pretende ser exhaustiva. Cuando nos preguntamos sobre los fundamentos de los motivos de esperanza y de conversiones en los diversos contextos, los creyentes pensamos cordialmente en Dios y en sus promesas, el Dios Trinidad revelado por Jesucristo desde donde somos bautizados y cuya fe informa la vida personal y eclesial. La acción del Espíritu Santo enriquece a la Iglesia con carismas que responden a las necesidades contextuales, formándose alguno de ellos en ministerios, mediante el reconocimiento eclesial.

Para nuestro momento, otra base de los motivos de esperanza es la sinodalidad en la Iglesia, pues las piedras angulares de la sinodalidad (comunidad, participación y misión) sostienen los motivos para seguir esperando y vivir procesos de conversión. El soñado servicio eclesial para la reconciliación y la paz en Colombia ofrece motiva-

ciones para esperar en los contextos que sufren el flagelo de la violencia. Sobre estos fundamentos y muchos otros, pueden descubrirse, en los diversos contextos, motivos de esperanza y de conversiones, de modo que se pueda anunciar: «hay esperanza para tu futuro» (Jer 31,17).

## Referencias

- Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos. (2024). *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*.
- Benedicto XVI. (2007). *Spe salvi*.
- Benedicto XVI. (2010). *Verbum Domini*. Tipografía vaticana.
- Conferencia Episcopal de Colombia. Departamento de Catequesis y Animación bíblica. (2025). *Alegres en la esperanza. La esperanza en la Sagrada Escritura*. San Pablo.
- Díez Aragón, R. A. (1992). La tríada paulina “fe, amor, esperanza” a la luz de 1 Tesalonicenses. *Estudio Agustiniano*, 27(2), 273–323.
- Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. (2020). *Directorio para la Catequesis*. CELAM.
- Visonà, G. (1993). *La speranza nei Padri*. Edizioni Paoline.